

56  
e 748c  
C.R.

# Cordelia

Volumen 1

Noviembre 1912

Número 3

Publicación mensual  
dedicada á la mujer costarricense

Director,  
José-Fabio Garnier

EN la obra literaria de Aurora Dupin es en donde se encuentra con todos sus caracteres el romanticismo lírico considerado como la expansión de una sentimentalidad exajerada. A los 28 años publicó su *Indiana* y desde entonces trabajó con toda asiduidad dejando á su muerte, acaecida en 1876, una gran cantidad de obras de muchísimo mérito artístico. Su facultad más extraordinaria es la imaginación que en ella toma todas las formas desde la más común hasta la más delicada. Supo pintar el gran mundo con una fidelidad rara en quien estaba dotada de tanta fantasía. Fué una escritora sensible, soñadora, entusiasta, tonta, como se decía ella misma. Sus obras principales son: *Indiana*, *Lelia*, *Mauprat*, *Consuelo*, *La pequeña Fadette*, *Cuentos venecianos*, *Leyendas rúscas*, *La confesión de una señorita*, *El último amor*, *Piedra que rueda*, *Cartas de un viajero*, *Historia de mi vida*, *Ella y él*, etc., etc.



JORGE SAND

# CORDELIA

Publicación mensual dedicada á la mujer costarricense

## SUMARIO DEL SEGUNDO NÚMERO

ADA NEGRI (con retrato).....	<i>La Dirección</i>
MUJERES IDEALES: CARLOTA.....	<i>P. de Saint Victor</i>
CONSEJO.....	<i>Dulce Ma. Borrero</i>
VIRTUDES FEMENINAS.....	<i>Paula Lombroso</i>
EL HOMBRE.....	<i>Adela Zamudio</i>
LA MISIÓN DE LA MUJER EN LA LUCHA CONTRA LA INMO- RALIDAD.....	<i>Felicitas Buchner</i>
BERCEUSE.....	<i>Maria Vaz Ferreira</i>
IDILIO.....	<i>Gabriela Preissova</i>

## SUMARIO DEL TERCER NÚMERO

JORGE SAND (con retrato).....	<i>La Dirección</i>
LA EDUCACIÓN DE LA MUJER.....	<i>Angela Acuña</i>
DOS CORONAS.....	<i>Elena de Montenegro</i>
MUJERES IDEALES: ISABEL.....	<i>La Dirección</i>
LAS LÁGRIMAS DE ZEZÉ.....	<i>Emilia Bandeira</i>
TRES POESÍAS.....	<i>Ada Negri</i>
LA BELLEZA FEMENINA.....	<i>Maria Plattis</i>
CONFIDENCIAL.....	<i>Amalia Puga</i>
MANOJO DE VIOLETAS.....	<i>Varias</i>

## La educación de la mujer \*

Para unos la vida es corta; larga para otros; casi siempre aburrida y fatigosa para nosotras las mujeres. No podemos detener su curso, pero sí variarlo en mucho, si tan sólo quisiéramos comprenderlo e intentarlo.

La cuestión es amplia y elevada; tan elevada y de tanta trascendencia que apenas me atrevo a tratarla, sintiéndome demasiado ignorante en presencia de tamaño problema. Nuestro porvenir se presenta soberbio. El sentimiento de la libertad, privilegio hermosísimo que guardó para sí el hombre, está en nuestros corazones. Ese sagrado amor a la libertad que en todas las épocas que registra la Historia, ha producido los verdaderos héroes, lo sentimos nosotras también.

No es la libertad absoluta la que predico; son derechos limitados, relativos al medio en que vivimos. Se comprende que para todo en la Naturaleza una disciplina razonada se impone, especialmente cuando de la mujer se trata, ser delicado, al cual, menos que a ningún otro, le convendría abusar de la libertad.

Esta idea de libertad material y moral, soñada para la mujer, sabiamente preparada para ella, como nos la presentan los modernos psicólogos, tiene por objeto desarrollar todos los buenos gérmenes, alejar de nosotras los malos sentimientos, pues es muy común en nuestro sexo que la abnegación viva con el egoísmo, la caridad con la envidia, la falsedad con la sinceridad, y esto no debiera ser.

Para comprenderlo es necesario aprender a pensar por sí misma; es necesario vivir. Y para vivir, nuestra preparación es muy deficiente.

En el corazón de la mujer existen gérmenes de todo lo grande y de todo lo noble; pero esos gérmenes están adormecidos, como en las regiones polares la tierra en el invierno; es preciso que una primavera se anuncie para despertarlos. Será éste para nosotras, el siglo de resurrección justiciera y reparadora!

Nosotras, petrificadas hasta cierto punto por añejos convencionalismos; sujetas a una infinidad de prejuicios, a todos los caprichos de

\* Conferencia leída por su autora en el Liceo de Costa Rica el 21 de setiembre próximo pasado.

la sociedad; juzgadas al antojo sin miras generosas, crecemos y vivimos sin personalidad, ocultando defectos en el fondo de nuestra alma; dando cabida con frecuencia en nuestro corazón, aun a indignos sentimientos; listas para herir, para provocar un incendio, como si de este modo tomásemos la debida revancha.

Otras lloran, gimen, se desesperan... No hay para ellas un resorte moral que las sostenga; son seres apáticos, sin carácter ninguno. Encuentran las dificultades y no saben vencerlas. Y el hombre que se cree de tanto corazón, de tan elevados sentimientos, de tan buenas intenciones, es insensible a la suerte de las mujeres ignorantes.

La anciana que en luchas infructuosas dejó correr los años, la adulta que aun llena de ideales, ve cerrarse ante sí el único camino que la sociedad le deja; la joven moderna, ávida de saber, deseosa de luchar y compartir con el hombre el peso de la vida; aquéllas y ésta, señores, se mueren intelectualmente de hambre, y el hombre no tiene tiempo de ver, ni quiere comprenderlo. La conciencia, juez soberano, me parece que en este caso ha sido muy desdeñada por el hombre.

No; es necesario darle la mano a la mujer; que exista entre los dos sexos la confianza; pero esa confianza que nace de la persuasión de que mutuamente nos comprendemos, y que intelectualmente somos iguales. Entonces, triunfante, la mujer será sincera, porque de la confianza nacen el respeto y la admiración; ese dulce respeto lleno de cariño, esa consideración exquisita que todo lo borra, que todo lo perdona, que llena por completo el

corazón y que se llama amor o gratitud.

Mujeres, hemos nacido para tomar parte en la gran actividad universal—y si luchamos—llegaremos a ser, no criaturas perfectas, porque nadie puede serlo; pero sí elementos de concurso eficiente en la inmensa obra de la civilización, tal como la entienden los modernos tiempos.

Y esa libertad tan poderosa, que aparece en la fuerza moderna, une a ella la realidad y la verdad; aleja las locas fantasías, las ilusiones torpes que llevan tanto al hombre como a la mujer a horribles engaños.

No es tarea que haremos de un día a otro; porque es necesario haber adquirido, desde larga fecha, la costumbre de penetrar las cosas; es necesario saber estudiarse y estudiar a los otros, observarse y observar a los otros. Luchar contra nuestros propios defectos es punto primordial, para llegar a ver y juzgar las cosas sin apasionamiento alguno. Sepamos antes distinguir lo egoísta de lo utilitario, y cuando hayamos vencido todas estas dificultades, sentiremos germinar en nuestro corazón los buenos instintos.

Ilustradas, amantes de lo grande y de lo bello, dotadas por la Naturaleza misma de dones especiales, que no posee el hombre, comprenderemos entonces que el momento para nosotras ha llegado; ensancharemos nuestro radio intelectual con lo que se iluminará nuestro camino, tanto tiempo en tinieblas, y sosteniendo nuestro espíritu, sostendremos y confortaremos el del hombre.

La preparación de la mujer exige tiempo y constancia. Mas, poco a

poco se convencerá la humanidad entera de que ella también está llamada a concurrir al bienestar y al perfeccionamiento de todos, y que no es solamente por su educación moral por lo que es menester preocuparse, sino también por su evo-

lución intelectual; que marque en adelante un rumbo más amplio a su destino en la tierra, y le dé el puesto que le corresponde en la historia de la humanidad.

ANGELA ACUÑA

## Dos coronas

En la frente del monarca  
la áurea corona rutila  
con cegadores destellos  
de soberbias pedrerías.  
Mucho brilla la corona,  
que seduce y que fascina,  
y todos al contemplarla  
con admiración y envidia  
sólo ven el oro puro  
y las piedrezuelas ricas.  
Nadie ha visto otra corona

que ni deslumbra ni brilla;  
bajo la corona regia,  
ciñendo la frente altiva,  
hay una diadema oscura  
que de noche, cual de día,  
oprime las regias sienes  
produciendo mil heridas.

¡Desde Dios, todo monarca  
ciñe corona de espinas!

ELENA DE MONTENEGRO \*

## Mujeres ideales

### Isabel la Católica \*\*

En todo acto por el cual la energía humana ha llegado a la cima de las grandes realidades, tengo la mala costumbre de buscar un alma femenina que, con su bondad, ha inspirado esa acción.

En la noble empresa del descubrimiento de nuestro continente, al lado de la enérgica figura del soñador genovés, se destaca la delicada silueta de una mujer encantadora: Isabel de Castilla.

Cuando Colón, desilusionado de los hombres de ciencia, se preparaba a abandonar la tierra española, Isabel fué el único ser que quiso escucharlo, que apreció la fe en el ideal que poseía el rudo marino y que sintió el entusiasmo desintere-

\* Reina de Italia, una de las mujeres a quienes *Cordelia* dedicará un estudio en su sección *Mujeres ideales*.

\*\* Estas páginas fueron leídas en la velada con que el Centro de Artesanos Cristóbal Colón, celebró en Heredia el aniversario del descubrimiento de América.

sado con el cual logró convencer a su marido de la bondad de la empresa proyectada por aquel hombre.

Isabel creyó en las palabras de Colón desde el primer momento; ella, como buena mujer, poseía la intuición, esa capacidad admirable, casi siempre infalible, de juzgar a las personas sin equivocarse, de utilizar los más bellos movimientos del hombre para obtener de ellos la realización de un ideal lejano, soñado quién sabe cuando, vislumbrado quién sabe donde.

Isabel de Castilla es un ejemplo hermoso de lo que puede la fuerza del sexo débil: abandonando sus joyas para que fueran vendidas y para que con su precio sufragaran los gastos de la expedición, Isabel lleva a cabo el sacrificio mayor que podía hacer; su fe en el ideal de un hombre desconocido la coloca muy por encima de todos los sabios de su época porque sin ella, sin su entusiasmo, sin su confianza en el éxito de la arriesgada empresa, la dulce lengua española no sería el tesoropreciado de todo este continente.

La mujer es así; cuando la vida se desarrolla sin complicaciones, ella no siente la necesidad imperiosa de complicarla como hace el hombre; pero si por caso ante sus ojos brilla la luz de algo que considera hermoso y útil siente en el alma el ansia implacable de alcanzarlo. Y lo alcanza, no directamente, sino valiéndose de las energías de un hombre en el cual despierta todos los entusiasmos, aviva todas las esperanzas y adormece todas las incertidumbres.

Llevado de la mano por esos seres delicados, el hombre necesariamente tiene que convertirse en un héroe y en un genio, de su frente brotan

las ideas nobles que se transforman en beneficios para la humanidad y de sus brazos surgen las acciones generosas que más tarde llegarán a ser el orgullo de todas las naciones.

La fe de Isabel debe traernos a la mente, en este día glorioso para la raza latina, el recuerdo encantador de todas nuestras mujeres ante las cuales se inclinan las cabezas saturadas de ideas y ante quienes deponen todo gesto impaciente los brazos henchidos de enérgicas resoluciones.

La mujer en el mundo es como la abeja en la colmena: mientras vive la reina tranquilidad, todas son obreras que llenan en silencio la hermosa misión que les ha sido encomendada; cuando, por un motivo cualquiera falta esa reina, todas, todas sin excepción, son capaces de convertirse en reinas, tomando un alimento especial. Y el alimento que necesita la mujer inteligente para convertirse en reina de un cerebro es la desgracia, la miseria, el dolor.

Esa cualidad se hace más necesaria en la esposa, en la hermana, en la hija de los artesanos porque la vida de los obreros está más expuesta que ninguna otra a los reveses aniquiladores de la suerte.

El artesano que sabe que en su casa encuentra un alma femenina siempre dispuesta á consolar sus aflicciones, siempre lista para inspirarle más energías, siempre llena del entusiasmo que alienta en la faena diaria, es un hombre que nunca será vencido; las olas del mar tumultuoso de la existencia pasarán enfurecidas por encima de su débil barquilla pero no podrán hundirla: la sostienen los entusiasmos y las energías de una mujer obrera cuyo único ideal en la vida es el hogar y en el hogar el cariño de un esposo

y las tiernas travesuras de un chiquitín encantador.

Por eso el artesano costarricense no mira con recelo el porvenir pues él sabe, como lo sabía Cristóbal Colón al abandonar el puerto de Palos, que allá en lo más recóndito de un corazón femenino, hay quien piensa

en él y hace votos porque, en la existencia, le sonría la suerte y le depare un mundo de bellezas y de ternuras: las mismas bellezas y las mismas ternuras que Colón encontró en la encantadora patria nuestra.

LA DIRECCIÓN

## Las lágrimas de Zezé

Olvidada de todos, vivía con su hermana menor la cual se había casado muy joven y tenía cinco hijos: dos niñas casaderas, otra pequeña y dos varoncitos.

María José a quien cariñosamente llamaban Zezé no había sido nunca ni bella ni graciosa. Cuando perdió a su padre, halló muy natural retirarse a vivir a la casa de su hermana Engracia para ayudarle a educar a sus sobrinitos cuyos nacimientos se sucedían con intervalos cortísimos.

Nadie en la casa veía a María José tal cual era en realidad. La vida en común había borrado la visión real de la solterona; en el espíritu frívolo e indiferente de la hermana y de las sobrinas subsistía el eterno tipo de la señorita casadera que debía usar siempre vestidos claros y sonrientes.

Al salir a paseo con sus sobrinas de dieciseis y diecisiete años que llevaban vestidos idénticos al que ella usaba, pero en quienes el encanto gracioso del traje se unía a los colores encantadores de la juventud, Zezé, comprendiendo el contraste que la separaba de aquellas señoritas, las dejaba adelantarse un poco obligada por una ver-

güenza que no se atrevía a confesar.

Ah! Quién hubiera podido describir los dolores secretos de aquella señorita madura que veía deslizarse inútiles, monótonos, sus días sin luz, sin amor, sin esperanza y lo que era peor sin un suceso cualquiera que pudiese interesarla personalmente. Y tener que vivir así al lado de la existencia alegre de otros seres, más felices, cuya vida tenía un objeto, seres que experimentaban emociones, ternuras y quienes la consideraban como un oscuro accesorio en las ocupaciones domésticas! Todos la amaban, es cierto, pero ninguno sospechaba que en ella alentaran las aspiraciones comunes a todos los seres humanos.

Les parecía natural su abnegación; apenas si existía para los demás miembros de la familia. Cuando iban a teatro y el palco comprado tenía solamente cinco asientos, uno para Engracia, otro para su marido y los demás para las señoritas, María José sabía que, antes de irse, su hermana le repetiría amablemente y con un acento dulzón:

—Hoy te quedas en casa con los chiquitines, no es verdad, Zezé? Pablito no se encuentra bien y como no tengo confianza en nadie

como en tí... —y no terminaba la frase.

Y ella se quedaba sin hacer visible la rebelión interna que, ante esas manifestaciones del egoísmo de su hermana, la agitaba y agitaba su pobre sangre en las venas.

En el comedor solitario, con la única compañía de una lámpara de aceite, silenciosa, absorbida en su labor de aguja, movía maquinalmente los dedos mientras sus sobrinos se divertían con los juguetes esparcidos sobre la mesa; imágenes de color, soldados de plomo, etcétera. A cada instante la llamaban a gritos:

—Tía Zezé, mire a Jorge pellizcándome...

—No es verdad, Pablo me pegó a mí primero...

Y la buena tía los calmaba con dulzura. Luego, cuando ambos se dormían en sus pequeños lechos gemelos, Zezé se asomaba a la ventana de su cuarto de solterona y sosteniendo con ambas manos la cabeza, con la mirada dirigida al cielo, se olvidaba de todo contemplando las estrellas que brillaban en el firmamento límpido, menos aisladas, sin duda, de lo que se encontraba ella en la tierra. En vano sus ojos buscaban en otros ojos la efusión de simpatía y de ternura que debía consolarla.

La verdad era que María José sufría por una decepción amorosa. Ella se había enamorado de Monjardín, un poeta, que, como amigo querido de su cuñado, visitaba la casa todos los domingos.

De más edad que ella—tenía casi cuarenta años—pero muy conservado, poseía todos los gestos de la juventud, se enorgullecía con sus bigotes negros, su musculatura vigorosa y elegante, sus ojos vivos,

bellos y brillantes con los cuales, y sin darse cuenta de ello, había hecho la conquista de Zezé.

La había efectuado de una manera muy curiosa. Encontrando poco interesantes a Engracia y a sus hijas, Monjardín, cuando recitaba sus versos y cuando contaba algún episodio de su vida de hombre de letras, se dirigía con preferencia a María José en quien reconocía mucho sentimentalismo y mucha seriedad.

—Una poesía más, se lo suplico, señor Monjardín!—decía ella con un acento de súplica.

Y él describía, entonces, la melancolía de un corazón desencantado, herido por las crueldades del destino, que evocaba en vano el recuerdo de amores perdidos en el pasado, desvanecidos en las brumas de la eterna desesperanza.

Decía esas cosas amargas con una voz fuerte de hombre sano, de pie en medio del salón, mirando distraídamente a María José; el esfuerzo concentrado de la memoria daba a su mirada una fijeza involuntaria que, María José bebía, deliciosamente emocionada. Días antes el poeta anunció que había escrito una poesía para recitar en la comida del aniversario de Zezé cuya fecha se acercaba y desde entonces toda la familia daba bromas a la tía llamándola «Musa inspiradora» y preguntándole cuándo serían las bodas... Ella sonreía con ingenuidad; su rostro tomaba un aire de alegría rara; los rasgos de su fisonomía se animaban pareciendo menos ajados y más firmes.

El día de la fiesta, María José salió de su cuarto radiosa de esperanzas. Una rosa adornaba la cintura de su traje blanco; un poco de sangre agitado daba una débil colo-

ración a la palidez diáfana de sus mejillas.

—Mira, mamá — decían las sobrinas — no es verdad que tía Zezé parece muy joven hoy?

La comida trascurrió en medio de la animación y de la alegría. Sentada frente a Monjardín, María-José, no se cansaba de contemplarlo a hurtadillas disimulando sus miradas tras los floreros que adornaban la mesa. Su corazón latía con fuerza en la deliciosa espera de esa poesía en la cual el poeta iría sin duda a revelar sus más íntimos sentimientos. Desde el principio de la comida, Monjardín, con un gesto, le había hecho comprender que, en el bolsillo, tenía los versos prometidos y Zezé, al saberlo, había temblado de alegría bajando púdicamente la mirada.

Cuando el champaña burbujeaba en las copas se hicieron los brindis. Algunos invitados de respeto empezaron, luego hablaron los anfitriones y los niños de la casa; finalmente, Monjardín, poniéndose en pie, pidió permiso para recitar unos versos que había dedicado a María-José, la heroína de la fiesta. Engracia y sus hijas se inclinaron para cambiar una mirada maliciosa con María-José, pero ésta no se fijó en ellas; sus oídos zumbaban y le parecía que todo giraba a su alrededor.

Viéndose objeto de la atención general, Monjardín preparó sus gestos; se arregló el chaleco y la corbata y luego, con una voz sonora y cadenciosa, comenzó a declamar sus alejandrinos haciendo notar las rimas.

Al principio elogió la inefable virtud, hecha de abnegación y de castidad, del ángel que, con sus alas blancas, protegía la dicha del

nido formado por su hermana. Recordó enseguida que la fiesta de ese día era para conmemorar el feliz nacimiento de un sér de una pureza immaculada, María-José, verdadera santa que había renunciado a las propias aspiraciones para consagrarse exclusivamente a los deberes de la familia, dulce figura de virgen protectora que pronto sería la abuela querida que compartiría con su hermana las alegrías de matrimonios más jóvenes, retoños de aquel endonde actualmente esparcía su ternura desinteresada de hermana y de tía. Al terminar, el poeta levantó su copa y con una voz vibrante brindó por la salud de Zezé en medio de los *viva!* frenéticos de todos los presentes.

—Viva tía Zezé! Viva tía Zezé!— gritaban los niños mientras las señoritas reían ruborizadas por la alusión del poeta a «los matrimonios más jóvenes».

María-José, desde el momento en el cual había comprendido la intención de los versos de Monjardín, se puso pálida; herida por una decepción cruel, sentía un frío glacial apoderarse de su cuerpo; temía desvanecerse y servir de burla a todas aquellas personas quienes la miraban y quienes bebían a su salud. Sintió que un velo de lágrimas le empezaba a oscurecer la vista...; en vano quiso reaccionar esforzándose en dar a sus labios descoloridos y temblorosos la expresión de una sonrisa de gratitud. Vencida finalmente, rompió en sollozos interrumpiendo así la alegría general.

—Zezé!... Zezé!... Qué te pasa?...

Engracia se acercó a ella, alarmada; todos se habían levantado de sus asientos deseando saber lo que ocurría; rodeaban a la pobre crea-



tura cuya cabeza se había inclinado, sin fuerzas, sobre la mesa cubierta de pétalos de rosas.

—Pero qué pasa?

—Una crisis nerviosa, talvez...

—Una emoción causada por esa poesía tan delicada!...

Finalmente se levantó la cabeza de María-José y se le dió un baño de agua fría en la frente y en las mejillas; entonces el rostro de la pobre señorita apareció en toda la fealdad que le daban los espasmos de sus sollozos convulsivos, su gran

nariz curva, sus ojos hinchados y sus labios lívidos...

Entonces Monjardín se acercó. Levantando con delicadeza los dedos fríos de María-José depositó en ellos un beso de gratitud; luego, volviéndose hacia las hijas de Engracia, dijo, en su tono solemne y presuntuoso:

—Las lágrimas de Zezé constituyen el más valioso homenaje hecho a mis pobres rimas.

EMILIA BANDEIRA-DE-MELLO \*

## Tres poesías

### 1.—Mater inviolata \*\*

Un niño agoniza en el hospital; Sor Bendita vela a su cabecera. Las manos contraídas se agitan ansiosas y la boca suspira una palabra, una única palabra: «mamá»... Los ojos velados se hacen de vidrio. Ya no vé. Pero todavía, inconciente implora: «mamá! oh! mamá!». La hermana, deseando calmar aquella agonía, dice mintiendo con su voz armoniosa: «Aquí tienes a tu mamá, calla, no sientes mis caricias y mis besos?; estaré contigo hasta que recobres la salud; calla. Vendrá el próximo abril alegre y florecido y tu encantadora carita volverá a tener los colores de antes: cálmate, calla, duerme cerca de tu madre que te adora...»

Se tranquiliza el niño. El moribundo rostro se ilumina con la última sonrisa: entre las invocadas alas maternas espira aquella almita consolada, en paz...

Cuando el alba vuelve encuentra á la hermana inmóvil, cerca del

muertecito, de rodillas: en sus hermosos ojos brilla una nueva luz: un espasmo extraño, una difusa onda de amor satura su vida; sobre un mar glauco y rumoroso vió abrirse una puerta de oro; le pareció desaparecer en aquellas inmensas ondas, tembló, comprendió y se sintió morir...

### 2.—Una carta \*\*\*

Una carta blanca con orla negra que viene de lejos, atraviesa, las ciudades y el océano, hecha de alas como el pensamiento. Le murmuraron las amplias ondas del mar: «Tu orla negra es talvez velo y tumba de un amor destruido?» Ella calla y prosigue su mudo camino.

Le preguntan las altas voces del viento: «Llevas alegría o tristeza, conservas el perfume de un beso vivo o el tétrico olor de las flores

\* Ilustre novelista brasilera que firmaba sus bellos escritos con el seudónimo *Carmen Dolores*. A su pluma se deben: «Un drama en la campiña», «Leyendas brasileiras», «La lucha», «Libro íntimo» y «La Confesión». El cuentecito que hoy traducimos para CORDELIA forma parte de su libro póstumo *El alma compleja*.

\*\*\* Del volumen *Tempestades*.

\*\* Del volumen *Maternidad*.

de un funeral?...» Ella no contesta, no tiene risas ni tiene lamentos.

Por las montañas y por las llanuras viaja noche y día, encantado ángel sin retorno, fragmento de alma lanzada a la ventura.

Nadie le roba su secreto profundo. Por qué?... Quién sabe!... Tal vez es el horror de un adiós desesperado; el grito de un corazón herido, la suave palidez de un rizo rubio, tal vez es gota de sangre joven, versada por una herida recién abierta; tal vez es llanto y plegaria de un alma solitaria que sufre y que llora sin haber pecado.

Y va... y va... y llega. En medio de la bruma, al anochecer, con frío, llega en silencio a la pequeña y austera habitación de una mujer a quien el amor consume.

La mirada brilla, un rubor enciende las mejillas y la frente, golpea con fuerza el corazón; la blanca mano convulsa, se extiende hacia la carta para abrirla... No! pequeña mano temblorosa, la hora es terrible, espera un minuto, un solo minuto aún, ávida mano pequeña y temblorosa...

### 3.—Fantasma \*

Anoche, a la cabecera de mi lecho, me apareció una figura severa.

Con un relámpago en los ojos, con un puñal en la diestra, se acercó y se rió de mí. Tuve miedo... el fantasma me dijo:

—«Soy el infortunio; nunca te abandonaré, mujer tímida, nunca, jamás. Te acompañaré por todas partes, entre las espinas y entre las rosas, hasta la muerte; te seguiré sin cesar; por donde vayas, seré tu sombra.»

—«Aléjate»...—sollocé.

Permaneció inmóvil a mi lado; luego agregé:

—«Así está escrito allá arriba; tu eres una flor lívida, una flor de ciprés, flor de nieve, de tumba, de dolor. Allá arriba, allá arriba está escrito así!»

Me levanté gritando:

—«Quiero la esperanza que brilla a los veinte años, deseo la alegría encantadora del amor, ansío el beso del genio y de la luz... Véte, funesto sér!»

Y él me contestó:

—«A quien sufre con resignación, a ese le corresponde solamente la gloria. Aguila sublime, sólo el dolor alcanza el ideal. Solamente quien combate con valor alcanza la victoria. Solo el triste tiene derecho a ser grande!»

Le contesté:

—«Quédate a mi lado!»

ADA NEGRI

\* Del volumen *Fatalidad*.

## Cordelia

sale en los primeros días de cada mes; la suscripción anual es de un colón anticipado; cada número cuesta diez céntimos; toda suscripción empieza con el primer número. Para todo lo concerniente a suscripciones dirigirse a don Antonio Font, en San José.

## La belleza femenina

«La mujer a quien se ama más, que más deberá hacernos sufrir, no es siempre la más bella contra la cual había modo de ponerse en guardia a tiempo oportuno».

A. G. BARRILI

1.—En todo tiempo y lugar los poetas exaltaron la belleza femenina, los artistas la reprodujeron, todos los hombres la adoraron, hicieron de ella una divinidad protectora de amor. Elena griega fué causa de la ruina de una ciudad, pero cuando los ancianos reunidos en consejo la contemplaron, dijeron que aquella mujer era tal, que bien merecía se sufriese por causa suya. Friné, otra belleza griega, se defendió ante el severo areópago sólo mostrándose sin velos; fué absuelta. Cleopatra cambió la suerte de un imperio. Ester, hebrea, salvó a su pueblo. Y podría citar todavía otros ejemplos para demostrar el poder de esta fuerza a la que nada resiste. Vence al ingenio, a la gloria, subyuga a los conquistadores, hace súbditos a los reyes; divide o une a los pueblos, rige al mundo. Si la naturaleza dió a la mujer este incomparable dón, la privó también de otros; la vida le será siempre fácil y dulce porque hallará cada rostro dispuesto a sonreirla, cada brazo a ayudarla, cada puerta a abrirse; y cada deseo le será satisfecho. La obscuridad, la pobreza, no la humillan ni la oprimen; si la Diosa la ha besado en la frente puede subir ligera y veloz hasta las gradas del trono. Casi no se le pide otra cosa que mostrarse y sonreír. Cierta es que existen otros motivos de seducción, pero los hallamos comunes a los dos sexos,

mientras que la belleza es cualidad esencialmente femenina, y en sus efectos, inmutable.

«Quien nace bella nace casada», dice un proverbio que hoy quizá no se inventaría ya, porque el dinero hace a la belleza una seria competencia para el matrimonio. Pero la belleza encuentra además igualmente camino para hacer la propia fortuna... si bien los senderos por donde se encamina, demasiadas veces son oblicuos, desgraciadamente...

\*  
\*  
\*

2.—También hay mujeres de líneas regulares, de perfectas formas, cuya completa belleza reconocen todos, pero les dejan fríos. Les falta algo que la belleza no posee, que muchas veces acompaña a la irregularidad de líneas; algo innato, espontáneo, inmaterial; la fascinación. ¿Qué es la fascinación? Es una cualidad indefinible, porque no se sabe precisamente donde reside; si en la inteligencia, en los sentidos o en el sentimiento. Está en la mirada, en la voz, en los movimientos, en la compostura, en la expresión, en un tocado, en un color. Los franceses, para esta dote que sus mujeres poseen a menudo en sumo grado, tienen un vocablo todavía más expresivo que el nuestro: *charme*, que se traduciría con más propiedad con «encanto». Así ellos comprenden en esta palabra también el significado espiritual y oculto de la fascinación donde parece entrar alguna arcana magia.

Las pasiones fuertes y tenaces

que mujeres no bellas ni jóvenes, ni particularmente inteligentes o cultas, pudieron inspirar a hombres no vulgares, tienen su explicación en la fascinación. La fascinación tiene algo que vence al alma y a los sentidos, como un fluido magnético, que encadena a la voluntad, adormece al razonamiento, apaga toda voz de la conciencia, hace esclavos como los héroes griegos en el palacio de Circe, como Ruggiero en el palacio de Alcina, como Rinaldo en los jardines de Armida.

«El eterno femenino no reside solamente en la belleza maravillosa de la princesa de Troya—dice De Gubernatis—sino que atraviesa y penetra sutilmente el alma de la mujer; y es este femenino eterno lo que nos atrae y encadena; esta femineidad que es más a menudo nuestra fuerza que nuestra debilidad, nuestro entusiasmo y tal vez nuestra inmortalidad».

\* \* \*

3.—Cualidad modesta, pero efícazísima para hacerse amar, es la simpatía. Tampoco esta tiene origen en la belleza. Diría también que raramente las mujeres bellísimas la poseen, porque la naturaleza ha reservado la simpatía como compensación a las que ha favorecido menos. ¡Cuántas veces hemos oído o pensado: «Fulana es bella pero no simpática». Y viceversa: «No es bella pero es muy simpática»!

La simpatía tiene muy profundos orígenes en el espíritu. Un alma gentil y tierna que refleje en el rostro su indulgencia, su sensibilidad, su misericordia, nos conquista; un alma fuerte y leal que se nos acerque con una mirada franca, nos atrae; una inteligente bondad que

nos sonría, una alegre juventud que nos acompañe, una fresca ingenuidad que levante sobre nosotros sus pupilas límpidas, nos seducen. Es difícil, diré imposible, que la simpatía emane de un rostro cuya máscara sea una individualidad falsa, gastada, perversa, o insignificante, vulgar, frívola y egoísta. Y que la simpatía derive de una secreta atracción moral, lo confirma la rapidez con que se manifiesta, y á menudo la simultaneidad. A veces la encontramos sobre el rostro de alguna extraña de la cual no conocemos siquiera el nombre o la voz, que encontramos por primera vez en tren, en tranvía, en la iglesia, en una sala del hotel; y al mover sus ojos, en la expresión de su rostro, sentimos que ella también ha experimentado el mismo sentimiento en nuestro favor; que podemos resultar amigas, hacernos bien mutuamente. Y un deseo grande de confianza nos empuja, tanto que muchas veces amistades profundas y tiernas nacieron precisamente así, de la casualidad.

Los sabios explican la simpatía como una fuerza física de atracción, y la antipatía como una fuerza de repulsión; la misma ley que produce la fusión y disgregación de los cuerpos. En efecto, el encontrarnos con una persona simpática reaviva nuestras facultades mejores, nos da casi un sentimiento de vida más rica, de bienestar armonioso.

\* \* \*

4.—Otro eficaz motivo de seducción es la gracia.

La gracia es la armonía de los movimientos, de las actitudes, de los gestos; es el arte regulador de la vida, pero un arte espontáneo,

casi inconsciente, que no se aprende, si no se tiene la fortuna de tenerlo en sí.

He conocido mujeres innegablemente feas, pero que lograban con la gracia hacer olvidar su fealdad. Porque lo que ofende mayormente á la estética no es la irregularidad de las líneas sino el desorden. Y el desorden está siempre en los actos descompuestos, en las posiciones toscas, en la voz desentonada, en los gestos inciertos y sosos de una persona desgraciada. La verdadera gracia, aunque vivaz, tiene un ritmo particular; es ágil, pronta, ligera, no demuestra nunca esfuerzo alguno. En el reposo, es tranquila, lenta, sobria en la actitud, en la voz, nunca perezosa.

El baile se presta mucho para poner en evidencia la verdadera gracia, como para hacer notar inmediatamente quién está privada de ella. En el modo con que una señora apoya el brazo en el hombro de su caballero, tiene la cabeza, sigue el ritmo de la música, se ve en seguida si posee este atrayente don tan particular a la feminilidad.

Todos los ejercicios gimnásticos y deportivos, al contrario de lo que realmente se cree, sirven para desenvolver la gracia, porque obligan á movimientos ágiles, ordenados, seguros y pronto. Vemos, lejos de esto, a las mujeres obligadas a una vida sedentaria de régimen antiguo, ser raramente graciosas en sus movimientos y en sus actitudes.

Pero si la gracia natural es fascinadora, no hay nada más ridículo y antipático que la gracia amañada, la gracia artificiosa que ciertas mujeres usan creyendo adquirir más halagos y placeres. Lenguaje, modales, movimientos, todo revela la ficción y está tan lejos de la ver-

dadera gracia como el oro falso del bueno.

\* \* \*

5.—Una personalidad determinada, particular, puede conferir superioridad a quien la posee. Cualidad no común en la mujer que en general resulta menos determinada que el hombre en su carácter físico y moral, y que exige quizá un temperamento y una inteligencia incapaces de dejarse nivelar. Pero la personalidad no está siempre señalada con mayores elementos de estética. Muchas veces es bizarra y nos hace sonreír. Si buscamos en nuestros recuerdos hallaremos seguramente alguna figura de viejecita de costumbres originales, de porte especial, que fué nuestro secreto juguete por cierto tiempo. Sin embargo, no hemos podido olvidarla, mientras hemos olvidado a tantas otras personas a quienes tomábamos más en serio que a ella.

El recuerdo tenaz es la prueba mayor de la personalidad. Una mujer que se vista como las demás, que se peine como las otras, que tenga ideas vulgares, palabras convencionales, que tome todo de la moda del día y de su riqueza, aunque sea bella y elegante, tiene muchas probabilidades de no permanecer de modo especial en la memoria de nadie; mientras que una señora que sepa hacerse una elegancia personal, que manifieste preferencias por un color, por una moda, por un estilo de arte, por un perfume, que exprese ideas acordes con su carácter, apreciaciones que resulten frutos de una experiencia, de un pensamiento, de una voluntad individual, que tenga para el amor, para la amistad, palabras no dichas por ninguna, pero

salidas de su vivo corazón como un chorro de agua natural que contenga en sí las propiedades del suelo de que surja; esta mujer a quien se reconocerá entre mil, cuya menor cosa tendrá un carácter particular, se dibujará netamente en nuestra memoria aunque no sea bella, ni rica, ni mundana. Se ha salido de la gran masa obscura y se pone en relieve por la fuerza de sus líneas; es una estrella que brilla con luz propia entre los otros planetas que reciben luz del resplandor ajeno.

\* \* \*

6.—La belleza es una soberanía para la mujer; pero al lado de ésta hay otra de igual potencia; el ingenio. La belleza sin luz interna que la anime es una forma árida por sí misma, un inútil tesoro, una fuente de desilusiones para el arte y para la vida; porque la perfección de las líneas sugiere el deseo, la necesidad de otra perfección; la perfección del espíritu que se funde con ella y resulta una divina armonía. Cuando no se encuentra se resulta ofendido como por un engaño, y el transporte del amor pasa poco de la línea de los sentidos, y la emoción estética crea un aire frío á no ser que el artista lo alimente con alguna que está en él y que existiría igualmente. Casi todas las mujeres que protegieron á los artistas, que les animaron, que les ayudaron a desenvolver la propia personalidad, a revelarse, no fueron bellas sino intuitivas, esto es, inteligentes al sumo grado, puesto que la intuición es el carácter verdadero del ingenio mu-

jeril. A la mujer inteligente se puede decir todo sin miedo de no ser comprendido; comprende los sueños más ardientes y las idealidades más delicadas, divide admiraciones, entusiasmos, juzga vuestras preferencias, sigue vuestros estudios, mide vuestras fatigas, hace más dulce con su elogio la hora del triunfo, devuelve energías con sus consuelos en la hora de la derrota. Una mujer inteligente puede ser al mismo tiempo amante y compañera de trabajo, respeta los recogimientos y reposos del artista, porque conoce su significado y valor; si tiene hijos será una madre válida, bien segura de la importancia de su misión. La belleza, al cabo de pocos años, se marchita y desaparece, y una mujer que no ha podido ser más que bella raramente declina con dignidad serena, mientras que la inteligencia se afirma siempre con los años, se amplía con la madurez y no cesa de resplandecer hasta la más tardía vejez. Aunque la mujer inteligente no pueda vanagloriarse de la perfección de una escultura clásica, el espíritu vivo y adornado que brilla en ella dará siempre a su semblante nuevos atractivos. Un día parecerá una niña alegre y ligera y alegrará a quien está a su lado con su límpida risa; otro día embriagará con su sabia pasión; otro todavía conquistará con su dulce melancolía o con su agudeza centelleante. Quien posee una mujer inteligente posee muchas mujeres, porque en el alma de aquella una encuentra toda la graduación de la psicología femenina.

MARÍA PLATTIS

## Confidencial

«Al arpa que vió Becquer! oh lira! me recuerdas,  
cubierta por el polvo de lúgubre rincón;  
las notas que dormían en tus sonoras cuerdas  
callaron al ver roto mi pobre corazón.

No quiero que prorrumpas en plácidas canciones;  
no quiero, cual solía, tus himnos escuchar;  
endechas funerarias te pido que me entones,  
cual eco misterioso de mi cruel pesar!

Anhelo en la amargura de tus arpegios tristes,  
el alma desolada de un golpe sumergir.  
¿No me respondes? ¿Callas? ¿en tu mudez persistes?  
¿No alcanzan tus acentos mi pena á traducir?...

Cual brisa delicada, cual cefirillo ledo,  
un mágico suspiro la lira estremeció.  
—«Entorna las ventanas—le oí decir muy quedo;—  
á solas lloraremos el tiempo que voló.

Solloza en el silencio; tus lágrimas oculta;  
no hay muchos que comprendan tu llanto de mujer;  
con su piedad, fingida, la multitud le insulta,  
gozándose en el fondo de verte padecer.

No dejes que los vientos cargados de tus ayes  
esparzan tus querellas del mundo al redor:  
al mundo no le importa que gimas que desmayes  
que yazga en un sepulcro la prenda de tu amor!...

Cuando á tu pecho sientas que la amargura afluye,  
recójete en el seno de amiga soledad;  
más que su torpe envidia, la *lástima* rehuye  
del vulgo que compone la inmensa humanidad!...

AMALIA PUGA DE LOSADA \*

\* Poetisa peruana.

## Manojo de violetas

La frase «es ya tarde» es la más dolorosa de las que pueden pronunciar los labios humanos. — DORA MELEGARI.

—La verdad es orgullosa y se aparta con desdén de todo aquello que es servil. — BERTA DE SUTTNER.

—Toca á los muertos el gobernar al mundo? Sólo porque fué así, porque siempre ha sido así, tenemos derecho para asegurar que será siempre así. — ANA RIEDINGER.

—En la vida siempre somos mucho de lo que fuimos durante nuestra juventud. — IRENE ZOCCO.

—Nunca, en ningún momento, conviene crear lo irreparable. — SARA BERNHARDT.

—Vale más extenuarse de fatiga en un medio poblado que perecer de inacción en una soledad tranquila. — CARLOTA BRONTE.

—Es preciso que el artista sea desgraciado para que reciba la consagración del genio. — GUILLERMINA SCHROEDER-DEVRIENT.

—El ser humano debe saber convertirse en el obrero de la propia personalidad si desea llegar a ser el obrero de su felicidad. Si sabe y si quiere, puede serlo. — LIDIA MARTIAL.

—Mientras el hombre no ame a su prójimo como a sí mismo, no habrá ni en la tierra ni en el cielo asilo endonde no le alcance el dolor. — SELMA LAGERLOF.

—Una mujer que posee tacto y posee bondad puede ser una valiosa colaboradora para cualquier hombre; puede llegar á ser la única directora de su vida. — MARGARITA DE SABOYA.

—Es de viles el no saber sufrir. — FERNANDA LEOPARDI.

—Los caracteres deben experimentarse con pequeñeces. — LADY HAMILTON.

—Más que las victorias, las derrotas demuestran amenudo la superioridad de un individuo. — ELENA KEY.

—Cuando se siente hondamente, es imposible expresar con palabras las emociones del corazón. — SOFÍA BELL-WRIGHT.

—Los niños no tienen más que derechos, los adultos no tienen más que deberes. — CARMEN SYLVA.

—Se impone el deber moral de no nutrir el pensamiento en la ponzoña de la malicia. Las sospechas más siniestras nacen siempre de los espíritus más corrompidos. — EMILIA PARDO BAZÁN.

—La alegría es como un sol de invierno: se levanta muy tarde y tramonta muy temprano. — ANA VERTUA GENTILI.

—El pesar, más que la dicha, diferencia á los seres. Las almas felices se parecen todas. — LUCÍA PAUL MARGUERITTE.